



ANAI JUAN CARLOS ALONSO MADURGA

Donostia-San Sebastián, 24.11.2021

H. Juan Carlos Orús, Visitador Auxiliar

Textos de la liturgia de la Palabra:

Lamentaciones 3, 17-26 / Salmo 26, 1.4.7 - 8b - 9a.13-14/ Juan 14, 1-6

Estimados Hermanos y amigos, familiares de Juan Carlos, comunidad de Igeltegi, Jesús Mari.

“Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada...”

(Miguel Hernández)

Estas palabras del poeta expresan bien, seguramente, nuestros sentimientos actuales. Aparece la muerte, sin esperarla ni llamarla, rompiendo todos nuestros proyectos y poniendo en cuestión el sentido último de todos nuestros esfuerzos. Las amenazas de fugacidad, ruptura y destrucción que suponen la muerte se han hecho realidad entre nosotros.

Pero esta conciencia de nuestra debilidad y vulnerabilidad es también una invitación a conectar con la totalidad de la vida, con su fuente, y a abrirnos como frágiles “recipientes de barro” al Amor eterno de Dios, que elimina todos los miedos. Esta es nuestra resurrección, aquello que amanece en nosotros, cuando nuestra propia vida y muerte están bien enfocadas. La pérdida trae sufrimiento y la muerte, la pérdida máxima, es inseparable de la vida. Sin ellos sería imposible descubrir su sentido profundo: tanto en la vida como en la muerte, estamos en Dios.

Encontrar el sentido de la vida, el misterio de su propio destino, fue sin duda, en el recorrido de nuestro Hermano Juan Carlos, un proceso progresivo, que, aún cuando no podamos expresarlo bien con pensamientos o palabras, lo podemos sentir y reconocer, en su compromiso personal, en su conexión con el Dios de la vida, en los frutos de su entrega... Desde su nacimiento, hace poco más de 74 años, en Bilbao, fruto del amor de Margarita y Emilio, pasando por todo su itinerario formativo en Deusto, Irún o San Asensio, y acentuándose en sus años de vida comunitaria y servicio educativo en Donostia, Beasain, Andoain, Irun, Zarautz o Bilbao... Y también al final, en estos meses en los que se acabaron sus fuerzas, pero no su esperanza en el Señor, en quien confió desde su debilidad: “la misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión”.

La Regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en su artículo 6, nos dice que “...el espíritu de fe mueve a los Hermanos a ‘no considerar nada sino con los ojos de la fe, a no hacer nada sino con la mira en Dios, y a atribuirlo todo a Dios’. Por la fe, los Hermanos encuentran a Dios en sus trabajos, en sus preocupaciones y alegrías, consagran toda su existencia a la edificación del Reino de Dios a través del servicio educativo y se abandonan, como su Fundador, a Dios que

los conduce". En estas palabras encontramos recogido, sin duda, el sentido profundo de la vida de Juan Carlos, su significado y propósito últimos.

De carácter, ordenado, metódico, constante e inteligente, fue un educador con carácter y autoridad, pero a la vez cercano y que sabía dar confianza a las personas. Supo poner sus capacidades al servicio a la misión: como profesor y director de centro o comunidad cuando hizo falta, colaborando en la edición de Kaixonet, Ihintza, el Calendario Distrital o el Boletín Informativo del Sector, como voluntario en el comedor escolar, en el colegio, en Proyde-Proega, traductor para el NCA... sin dejar de servir también en comunidad como Hermano cercano y servicial, cocinero, bibliotecario, sacristán... Sin olvidar su dedicación al euskera y a la cultura vasca, su gusto por las caminatas, su afición a la lectura, su atracción por la pelota....

Todo ello nos habla de la fidelidad y alegría con que Juan Carlos, como Hermano de La Salle, vivió su respuesta a esa llamada interior que todos compartimos y que nos transforma en discípulos cuando aprendemos a dar significado a la vida desde el seguimiento.

Así nos vamos entregando, segundo a segundo y minuto a minuto, gastando de manera irreversible la energía vital que poseemos, hasta traspasar la puerta de la muerte, que nos oculta a los seres queridos y cercanos, que se nos pierden en el misterio insondable de Dios.

Pero los seguidores de Jesús no nos limitamos a asistir pasivamente al hecho de la muerte. Confiando en Cristo resucitado, lo acompañamos con amor y con nuestra plegaria en ese misterioso encuentro con Dios. En nuestra despedida no hay desolación, rebelión o desesperanza, sino una oración de confianza: "En tus manos, Padre de bondad, confiamos la vida de nuestro ser querido". Dejemos resonar en nosotros esas palabras de Jesús que nos abren al misterio último que nos envuelve a todos: «Que no tiemble vuestro corazón. Creed en Dios y creed también en mí».

Te despedimos, Juan Carlos, con las palabras de quien fue tu amigo y compañero de comunidad:

He oído a menudo
que la muerte y la noche son sinónimos
pero cuando la flota de estrellas de mi
corazón
zarpa hacia mares nuevos
cuando todos mis sueños encuentran
su isla de refugio
y la noche empezará a vestirse de colores.
El mundo que hasta entonces veía como
negación
se sumerge en el diccionario de los claveles
y el atardecer de la muerte
se vista de inmortalidad.

Askotan entzun dut
gaua eta heriotza sinonimoak direla,
baina nire bihotzeko izar-flota
Itsaso berrien bila abiatzen denean,
nire amets guztiek aurkitzen denean,
babeserako nork bere uhartea,
eta gaua kolorez jantzen hasten zait.
Ordura arte ukasio gisa ikusten nuen
mundua
krabelinen hiztegian murgiltzen da,
eta heriotzeko ilunsentia
hilezkortasunaren argiz jantzen.

(Gaua eta heriotza - Patxi Ezkiaga Lasa)

Juan Carlos, eskerrik asko, atsedeen hartu eta egun haundira arte!